

CAPITULO X

PROSIGUE LA TRIBULACIÓN DEL GUARDIA MARINA

El comandante Bagstock, después de largas y frecuentes observaciones de Pablo, mediante sus gemelos, al cruzar la plaza de la Princesa y luego de haber recogido minuciosos informes, durante días, semanas y meses, gracias á su indígena que no había interrumpido su relación con la criada de miss Tox, llegó á inferir que Dombey, señor mío, era un hombre digno de conocerse y que J. B. era un mozo capaz de hacer este conocimiento.

Á todo esto miss Tox seguía en sus reservas, con una indiferencia glacial respecto al comandante siempre que éste se presentaba á visitarla (cosa frecuente) para ver si de sus conversaciones sacaba algo en limpio. Por mucha que fuera su obstinación y su agudeza tuvo el comandante que dejar margen á la casualidad, pues, como él decía en sus confidencias del Club, sí señor, la casualidad le había favorecido cincuenta veces por una desde la muerte de su hermano mayor, fallecido en las Indias Orientales.

Mucho tardó esta vez la casualidad en ayudarle, pero le fué propicia al cabo. Un día el criado negro le anunció, entre otras particularidades, que miss Tox

había ido á Brighton, por razón de su cargo. Inmediatamente se acordó el comandante de su estrecha amistad con Bill Bitherstone, de Bengala, de quien en alguna ocasión había recibido carta rogándole que, caso de que pasara por Brighton no dejase de visitar á su hijo único. Cuando le dijo el negro que Pablo estaba en casa de mistress Pipchin, se acordó el comandante de cierta carta que el pequeño Bitherstone le había entregado al pasar por Londres y en seguida concibió la idea de corresponder á la atención de esta visita, en lo que no había pensado hasta entonces. Al llegar á este punto se sintió atacado de un violento acceso de gota, enfermedad que, á la sazón, le tenía postrado en cama, tan violento que el comandante agarró una banqueta y se la tiró al negro á la cabeza, como dándole gracias por las buenas noticias, y añadiendo que no saldría vivo de sus manos : cosa que el negro estaba muy dispuesto á creer, con sobrados motivos.

Por fin se puso algo mejor el comandante y pudo salir un sábado camino de Brighton acompañado del indígena. Durante el camino no hizo más que apostrofar á miss Tox y acariciar la grata esperanza de que tomaría por asalto la amistad de aquel caballero á quien miss Tox había rodeado de misterio y que era el causante del abandono en que ésta le había dejado.

—De manera que usted, señora, se atrevería—decía el comandante con tanta ira que se le saltaban aún más que de costumbre, las venas de la cabeza,— se atrevería usted, señora, á despedirme, á mí, á José B. ¡Cá, señora, qué ha de ser eso! Le parecerá á usted que Bagstock se duerme... ¡Ya, ya! como que J. B. está muerto... Josh tiene los ojos muy abiertos. ¡Ya

me lo contará usted, señora, ya verá usted quién es José! Está fuerte y es listo.

Como fuerte, lo estaba : al menos esto es lo que pensó el joven Bitherstone el día en que fué á buscarle el comandante para dar un paseo. Bagstock, con su semblante de queso de Stilton y sus ojos de langostino, caminaba á grandes zancadas indiferente á la distracción del pobre chico, llevándole á remolque y preocupado nada más que en descubrir á mister Dombey y á sus hijos.

Prevenido á tiempo por mistress Pipchin vió el comandante á Pablo y á Florencia : se dirigió al instante hacia ellos y advirtió que los acompañaba un caballero grave (mister Dombey, sin duda). Seguido de Bitherstone se metió por medio de aquel grupo y, naturalmente, Bitherstone trabó conversación con sus compañeros de desgracia. Al momento se detuvo el comandante mirando y admirando á los niños y, en seguida, ¡oh sorpresa! se acordó de que los había encontrado alguna vez en la plaza de la Princesa, junto á la casa de su amiga miss Tox ; por cierto que Pablo era un lindo amiguito, un amiguito suyo : le preguntó si no se acordaba ya de José B. el comandante y finalmente, ateniéndose á las conveniencias sociales se volvió á mister Dombey :

— Verdad es, caballero, que hablando con mi buen amiguito me vuelvo yo también niño. Un veterano, caballero : el comandante Bagstock, para servirle — y reponiéndose de su ligereza añadió :

— Dispense usted esta libertad.

Mister Dombey contestó que no había por qué.

— Soy un soldado viejo, caballero, — añadió el comandante ; — un ahumado, soleado, gastado ; un inválido, caballero, sabedor de que por esto sus sim-

plezas merecerán disculpa de un hombre como mister Dombey. Porque supongo que tengo el honor de dirigirme á mister Dombey.

— Soy, en efecto, el modesto representante de este nombre, — contestó mister Dombey.

— ¡ Por Dios ! — añadió el comandante, — ese si que es lo que se llama un gran nombre. Señor mio, ese nombre, — continuó Bogstock con tono firme como desafiando á que se le contradijera y pronto á cumplir con el penoso deber de tratar duramente á mister Dombey si éste opinaba de otro modo, — ese nombre se conoce y honra en las más remotas posesiones británicas. Honra, señor mio, conocer á la persona que lleva ese nombre. Y se lo dice á usted José Bogstock, completamente ajeno á toda clase de adulaciones. Su Alteza Real el Duque de York lo ha dicho en muchas ocasiones : « la adulación no es cosa de Joe ». Joe no es más que un veterano muy francote : demasiado franco quizá. Pero ese es un gran nombre. ¡ Por Dios que es un gran nombre ! — concluyó solemnemente el comandante.

— Tiene usted la amabilidad de colocarlo mucho más alto que lo que se merece, — contestó mister Dombey.

— No, señor, — dijo el comandante. — Aquí está mi amiguito que dirá si José Bogstock no marcha siempre recto, por sus pasos contados, en fin, un cantaclearo nada más.

Luego, bajando la voz y señalando á Pablo añadió :

— Este muchacho ha de dejar un nombre en la historia. Es lo que se llama un producto escogido. Tenga cuidado de él, señor Dombey.

Este dió á entender que tal era, en efecto, su intención.

— Aquí tiene usted otro muchacho; — prosiguió confidencialmente el comandante, dando con el bastón al niño, — hijo de Bitherstone, de Bengala, Bill Bitherstone, en otro tiempo de los nuestros. El padre de este niño y yo éramos inseparables amigos. En todas partes le hubieran hablado á usted de Bill Bitherstone y de Joe Bagstock. Pero ¿cree usted que por esto no veo los defectos del chico? De ninguna manera. Es un idiota, caballero.

Mister Dombey miró al niño Bitherstone, á quien conocía poco más ó menos lo mismo que el comandante, y con cierta complacencia dijo :

— ¿De veras?

— Es un idiota, y nada más; — añadió el comandante. — Joe Bagstock no se muerde la lengua. El hijo de mi buen amigo Bill Bitherstone, de Bengala, es tonto de nacimiento, caballero, — y el comandante se echó á reir á carcajadas. — ¿Mi amiguito está destinado á alguna escuela pública, supongo? — dijo el comandante cuando se le hubo pasado la risa.

— Aún no estoy decidido — repuso mister Dombey.

— Pienso que no. Está muy delicado.

— Sí, ha de estar delicado por fuerza; — dijo Bagstock, — tiene usted razón. Hace falta ser duro para resistir esta vida. ¡Vaya unas novatadas que teníamos en Sandhurst! Si hubiera usted visto... ¡Pobres novatos! Los poníamos á quemar á fuego lento: los colgábamos de los pies en las ventanas de un piso tercero. José Bagstock, que está hablando con usted, caballero, permaneció colgado de los talones de las botas, en lo alto del reloj de torre, trece minutos, justos.

Y bien podía citar el comandante en apoyo de su

afirmación su propia cara : caso necesario, con semejante testimonio hasta podía decir que había permanecido colgado boca abajo mucho más tiempo.

— Pero así nos hacemos lo que somos; — añadió el comandante arreglándose la corbata, — de hierro, señor mio; nos forjábamos. — ¿Habita usted aquí, señor Dombey? — dijo Bagstock cambiando de tema.

— No; generalmente vengo una vez á la semana — contestó mister Dombey. — Hotel de Bedford.

— Tendré el honor de hacerle una visita en el Hotel, si usted me lo permite; — dijo el comandante, — Joey B. no visita generalmente á nadie : esta es la verdad; pero mister Dombey no es un nombre ordinario. Tengo que dar mil gracias á mi amiguito por el honor de esta presentación.

Mister Dombey contestó de una manera muy afable. El comandante dió á Pablo una palmadita en la cara y dijo que los ojos de Florencia trastornarían dentro de poco á los jóvenes « y á los viejos también, señor mio, si no lo toma usted á mal », añadió el comandante riéndose de buena gana.

Y luego, encaminando por delante y con su bastón al niño Bitherstone, se alejó, moviendo la cabeza y mirando con dignidad y marchando á buen paso, aunque vacilando bastante al separar las piernas.

No dejó de cumplir el comandante su promesa y así, algún tiempo después fué á visitar á mister Dombey. Este le devolvió la visita, no sin consultar previamente la guía oficial del Ejército. Más tarde el comandante visitó á mister Dombey en Londres. Después hizo el viaje á Brighton en el mismo coche que aquél, su respetable amigo. En una palabra, en poco tiempo llegaron ambos á gran intimidad y mister

Dombey, hablando del comandante con su hermana decía que era en extremo sorprendente ver de qué manera mister Bagstock al propio tiempo que consumado militar era capaz de comprender de manera perfecta la importancia de cosas tan ajenas á su profesión.

Un día en que había llevado mister Dombey consigo á mistress Chick y á miss Tox, se encontró al comandante en Brighton. Le invitó á comer en el Hotel, no sin cumplimentar antes á miss Tox por la vecindad de su amigo. No obstante las palpitaciones del corazón que aquellas alusiones la produjeron, no eran éstas desagradables para miss Tox, pues así podía hacerse la interesante y alardear de cierta incoherencia y distracción que deseaba poner de manifiesto. Por otra parte, el comandante la proporcionó numerosas oportunidades en que poner de relieve su emoción : complacióse durante la comida el comandante en manifestar su tristeza al no verla ya por la plaza de la Princesa : y como, en efecto, parecía que Bagstock tenía gusto en repetir su desesperación, todo iba á maravilla.

No había motivos para quejarse de que el comandante llevara el peso de la conversación, demostrando en esta materia un apetito tan considerable como el que revelaba comiendo de todo lo que había en la mesa, á riesgo de agravar sus tendencias á la congestión. El silencio y la reserva especial de mister Dombey contribuían á dejar campo libre con lo que el comandante brillaba á su entera satisfacción, la cual se revelaba por el infinito número de cambios á que sujetaba su nombre hasta el punto de asombrarse él mismo. En una palabra, todos estaban encantados, considerando al comandante como un inagotable fondo

de conversación. Así cuando, después de una larguísima despedida, por último, se marchó el comandante, mister Dombey felicitó de nuevo á la sonrojada miss Tox, por aquella relación tan grata.

En tanto, el comandante se encaminaba hacia su hotel diciendo : « Astuto, señor mío ; astuto, diabólico-mente astuto ». Cuando llegó á su cuarto se dejó caer en una silla riendo de la manera particularmente ruidosa, propia suya y que en esta circunstancia llegó á causar espanto, tanto que el criado negro, mirándole á distancia y sin atreverse á acercarse, pensó dos ó tres veces que el comandante se moría, y la verdades que la frente y especialmente la cara y el cuello, se le hincharon mucho más que en otras ocasiones y no presentaban á la vista del negro más que una masa de indigo. Luego entró el comandante en un paroxismo de tos y, cuando se calmó algo comenzó estas exclamaciones :

— ¡ Ah! ah! señora, ¿ usted lo cree? ¿ Se figura usted que será la señora de Dombey? Mistress Dombey... ¡ Ca! señora, yo no lo creo. No, no cuente usted con eso mientras J. B. pueda salirle al paso. Tiene usted con quién habérselas. Aun J. Bagstock no ha perdido el juego. Es lista la señora, ¡ vaya si es lista! pero Josh lo es más. Mucho ojo tiene el buen José : ¡ es hombre de muchísima vista!

Como tener los ojos abiertos, es verdad que los tenía el comandante, y de una manera que asustaba. Así pasó casi toda la noche, sin cesar, en exclamaciones semejantes á las citadas, interrumpidas por ataques de tos y de risa que repercutían en toda la casa.

Al día siguiente (era un domingo) estaban almorzando mister Dombey, su hermana y miss Tox, y

conversaban elogiando al comandante cuando Florencia entró en la habitación corriendo; venía colorada y con los ojos radiantes de júbilo.

— Papá, papá; — exclamó, — ahí está Wálter; no quiere entrar.

— ¡Cómo! — repuso mister Dombey. — ¿Qué dice esta niña? ¿Qué significa esto?

— Wálter, papá; — añadió timidamente Florencia, comprendiendo que se había presentado ante su padre con excesiva familiaridad, — el que me encontró cuando me perdí.

— ¿Habla del joven Gay, Luisa? — preguntó mister Dombey frunciendo el entrecejo. — Verdaderamente, los modales de esta niña son muy desenvueltos. No se refiere al joven Gay, supongo. Hacedme el favor de ver que es eso.

Mistress Chick salió al pasillo y tornó con la noticia de que era el joven Gay acompañado de una persona sumamente rara: y que este joven Gay no había osado anunciarse por saber que mister Dombey estaba almorzando. Mister Dombey dió orden de que entrara aquel joven.

— ¿Qué ocurre? — preguntó mister Dombey á Wálter tan pronto como le tuvo en su presencia. — ¿Quién le envía á usted? ¿No había nadie disponible más que usted?

— Pido á usted mil perdonos; — contestó Wálter, — pero no me envía nadie. Me he tomado la libertad de venir por asunto mío y espero que me excusará usted cuando haya conocido la causa.

Mister Dombey, sin hacer gran caso de lo que le decía Wálter miraba al individuo que se hallaba detrás del joven, como queriendo ocultarse.

— Pero ¿qué significa esto? — dijo mister Dom-

bey. — Ese caballero se ha equivocado de puerta, me parece.

— Siento muy de veras tener que ser inoportuno — dijo Wálter, — este señor es el capitán Cuttle.

— ¡Bravo! muchacho — dijo el capitán en voz baja, — tente firme.

Al mismo tiempo el capitán se adelantó un poco, dejando ver su ancha casaca azul, su conspicuo cuello de camisa y su verrugosa nariz: saludó con una reverencia á mister Dombey, hizo un galante ademán con su mano postiza, dirigiéndose á las señoras y con su gran sombrero de hule en la mano sana, levantó la cabeza dejando ver la línea ecuatorial que el sombrero le había señalado en la frente.

Mister Dombey contempló aquella visión sorprendido al mismo tiempo que indignado, y mirando á mistress Chick y á miss Tox dió á entender que protestaba de semejante introducción. Pablo, que había entrado detrás de Florencia, cuando vió de qué modo movía el capitán su mano de madera se retiró detrás de miss Tox manteniéndose á la defensiva.

— ¿Qué tiene usted que decirme? — preguntó mister Dombey á Wálter.

De nuevo repitió el capitán « Wálter, tente firme » que venía á ser para Cuttle un modo general de entrar en materia y de captarse la simpatía del auditorio.

— Me apena, señor Dombey — dijo Wálter con los ojos bajos y temblando, — haberme tomado la libertad de venir... reconozco que es un atrevimiento. Jamás hubiera tenido el valor de venir á verle, ni aun después de encontrarme en Brighton, á no ser

por la circunstancia de haber encontrado á miss Dombey y...

— Está bien; — interrumpió mister Dombey, siguiendo con la vista la mirada de Wálter que se posó en Florencia, mientras ésta parecía animar al joven con una sonrisa. Mister Dombey frunció las cejas y añadió dirigiéndose á Wálter : — Continúe usted.

— ¡Ajá! — dijo el capitán considerándose en el deber de apoyar, como persona bien educada, el parecer de mister Dombey. — ¡Bien dicho! Sigue, Wálter.

La mirada que mister Dombey lanzó al capitán á modo de gracias por haberse dignado prestarle su generoso apoyo habría bastado para soterrar al capitán si éste la hubiese comprendido. Pero como no la comprendió, lo que hizo el capitán fué guñar un ojo, dando á entender á mister Dombey que Wálter estaba acobardado, pero que se repondría muy pronto.

— Lo que me trae á la presencia de usted es un asunto personal; — dijo Wálter — y el capitán Cuttle...

— ¡Presente! — dijo el capitán como asegurando que tenía áplomo y se podía contar con él.

— El capitán Cuttle que es un antiguo amigo de mi tío y persona excelente; — continuó Wálter como abogando en favor del capitán; — se ha ofrecido á acompañarme y no he podido negarme á ello.

— Es verdad; — dijo el capitán satisfecho. — No podías negarte á ello : no había motivo. Adelante, Wálter.

— En fin; — dijo Wálter aventurándose á mirar á mister Dombey, y sintiéndose con el valor de la desesperación al ver que no tenía retirada, — he venido con él, para exponer á usted que mi pobre tío se halla en grandísima aflicción y apuro. Á consecuencia de re-

petidas desgracias en negocios, no puede realizar un pago. Preocupado dolorosamente desde hace meses por el temor á esta desgracia, estoy seguro de que se morirá, si no se le salva del embargo que hoy mismo le amenaza. Si usted, bondadosamente quisiera salvarle de esta dificultad, puesto que ya conoce usted á mi tío, desde hace tiempo, como hombre honrado, nunca lo olvidariamos.

Diciendo esto se le llenaban á Wálter los ojos de lágrimas. Lo mismo le pasaba á Florencia : su padre vió estas lágrimas, aunque parecía atento sólo á Wálter.

Es una cantidad elevada, señor, más de trescientas libras esterlinas. Mi tío está agobiado por su desgracia : de ningún modo puede salir por sí mismo de esta situación. No sabe que he venido á hablar con usted. Querría usted saber, señor; — añadió Wálter después de vacilar un momento, — qué es lo que pretendo. En rigor, no lo sé. Tendría usted en garantía la tienda de mi tío, que no se halla afecta á ninguna obligación, y, además, aquí está el capitán Cuttle que se ofrece también como garante. Yo, yo no me atrevo á mencionar lo que gano; pero si se dignara usted... acumulando... sueldo... adelantar á mi tío... sobrio, honrado, anciano.

Wálter, después de estas palabras entrecortadas se quedó silencioso sin atreverse á levantar la vista del suelo.

Considerando que aquel era el momento propicio para hacer alarde de sus valores, el capitán Cuttle avanzó hasta la mesa y apartando los vasos y los platos para dejar sitio, plantó encima del mantel su reloj, las cucharillas, las tenacillas y el dinero; á fin de causar más efecto, dijo :

— Más vale pájaro en mano que buitres volando. Más vale algo que nada. Añado, además, una renta de cien libras esterlinas. Si hay un pozo de ciencia en el mundo, este es Solomón Gills. Si hay un muchacho que prometa, que mane leche y miel; — añadió el capitán citando la Escritura, — ese es su sobrino.

El capitán tornó á su sitio y se pasó la mano por la cabeza arreglándose el pelo despeinado, con ademán de un hombre que acaba de realizar un difícil trabajo.

Cuando concluyó de hablar Wálter, la mirada de mister Dombey fué desde luego á Pablo. Este había visto que su hermana lloraba, emocionada por el relato que acababa de oír: en seguida se aproximó, á ella para consolarla, sin dejar por esto, de mirar á su padre, y á Wálter con tristeza. Distráido un instante con las palabras del capitán, á quien oyó con altanera indiferencia, se volvió mister Dombey á su hijo contemplándole sin hablar palabra.

— ¿Con qué motivo ha sido contraída esa deuda? — preguntó al cabo mister Dombey. — ¿Quién es el acreedor?

— El chico no lo sabe; — contestó el capitán poniendo la mano en el hombro de Wálter, — pero yo sí lo sé. Ha sido por acudir en auxilio de un hombre que ha fallecido ya y que ha costado á mi amigo Gills algunos centenares de libras. Si quiere usted detalles, estoy dispuesto á dárselos reservadamente.

— Gentes que sólo tienen lo indispensable para el día; — dijo mister Dombey, sin hacer caso de las señas que le hacía misteriosamente el capitán puesto detrás de Wálter, y mirando á su hijo, — debieran limitarse á sus propias obligaciones sin comprometerse en las de otros. Esto constituye un acto de des-

lealtad y presunción; — añadió con severidad mister Dombey. — Si, de gran presunción, pues la opulencia no podría hacer más. Pablo, acércate.

El niño obedeció y mister Dombey, cogiéndole en brazos, le sentó encima de las rodillas.

— Si tuvieras dinero, tuyo, ahora; — dijo mister Dombey. — Mirame bien...

Pablo que había mirado alternativamente á su hermana y Wálter, fijó los ojos en su padre.

— ¿Si tuvieses dinero, tuyo, ahora; — repitió mister Dombey; — tanto dinero como el que ha dicho el joven Gay, ¿qué harías?

— Se lo daría á su tío; — contestó Pablo sin vacilar.

— ¿Se lo darías á su tío? — dijo mister Dombey. — Está bien. Ya sabes que cuando seas mayor participarás de mi dinero, que éste será propiedad de los dos.

— Dombey é hijo; — interrumpió Pablo acostumbrado ya á esta fórmula.

— Dombey é hijo — repitió su padre. — ¿Te gustaría ser desde ahora Dombey é hijo y tener dinero para prestárselo al tío del joven Gay?

— Sí, me gustaría; — contestó Pablo; — y también á Florencia.

— Las niñas, — dijo mister Dombey — nada tienen que ver con Dombey é hijo. Pregunto si te gustaría á ti.

— Sí, papá, sí.

— En ese caso, lo vas á hacer; — repuso el padre; — y aprende, Pablo, — añadió mister Dombey en voz más baja, — cuál es el poder del dinero y cuánta gente lo desea. El joven Gay ha estado corriendo en busca del dinero, y tú que eres grande y magnánimo

le vas á dar ese dinero como un favor, una merced.

Pablo volvió un momento á presentar su carilla de viejo, como si hubiera comprendido á qué hacían referencia aquellas palabras. Pero dejándose caer de las rodillas de su padre corrió hacia Florencia y recuperando entonces su alegría de niño, consoló á su hermana diciéndola que no llorase más, que el joven Gay iba á recibir el dinero.

Mister Dombey se dirigió á una mesita escritorio, escribió una carta y la cerró. Entretanto Pablo y Florencia hablaban en voz baja con Wálter, y el capitán, al verlos juntos, concebía tan caprichosas y ambiciosas ideas que no las hubiera podido creer mister Dombey. Escrita la carta, mister Dombey volvió á su anterior asiento y dió el papel á Wálter.

— Entregue usted esa carta mañana, á primera hora á mister Carker. Él se entenderá con alguno de la oficina para recoger el pagaré de su tío. Además, dispondrá la mejor manera para el reembolso de esa cantidad. Y acuérdesse usted de que este favor se lo debe usted á mi hijo.

Emocionado Wálter al verse en posesión del medio de salvar á su tío, hubiera querido encontrar la manera de manifestar á mister Dombey su agradecimiento y su alegría; pero mister Dombey se lo impidió diciéndole :

— Acuérdesse usted de que á quien debe usted este favor es á mi hijo. Le he explicado el asunto, lo ha comprendido. No hay necesidad de otra cosa.

Diciendo esto, mister Dombey señaló con el dedo la puerta. Wálter no pudo hacer más que saludar y retirarse. Viendo miss Tox que el capitán se disponía á hacer lo mismo, le detuvo.

— Mi querido señor — dijo dirigiéndose á mister

Dombey, cuya generosidad á ella y á mistress Chick las había emocionado tanto que ambas lloraban, — creo que no se ha fijado usted en cierta cosa. Dispénsese usted, mister Dombey, pero creo que con la nobleza de su carácter, con sus altos designios ha olvidado usted un detalle.

— ¿Cómo, miss Tox? — dijo mister Dombey.

— Ese caballero de... del instrumento — prosiguió miss Tox mirando al capitán Cuttle — ha dejado en la mesa...

— Santo Dios; — exclamó mister Dombey apartando con la mano lejos de sí los tesoros del capitán como si hubieran sido migas, — llévase eso. Muchas gracias miss Tox : reconozco su habitual discreción. Hágame usted el favor, señor mío, de recoger eso.

Comprendió el capitán que no había más que obedecer, pero, con todo, quedó maravillado de la magnanimidad de mister Dombey que rehusaba los tesoros puestos al alcance de su mano : así, después de guardarse las cucharillas y las tenacillas en un bolsillo y el dinero en otro, y después de meter el reloj en las profundidades de su chaleco, no pudo menos de coger con su única mano la derecha de mister Dombey y con transporte de admiración estrecharla apoyando la postiza : los sentimientos del capitán eran calurosos, pero el hierro era frío é hizo estremecer á mister Dombey de pies á cabeza.

El capitán Cuttle hizo repetidos saludos con la mano á las señoras, elegante y galantemente, saludó en particular á Pablo y á Florencia y acompañando á Wálter se marchó. Florencia quiso salir tras ellos, llevada de su buen corazón, para encargarles un saludo al anciano tío de Wálter; pero mister Dombey la llamó y la mandó que se estuviera quieta.

— No serás nunca Dombey, querida; — dijo *mis-tress Chick* con tono de censura afectuosa.

— No se enfade usted, tía; — contestó *Flo-rencia*. — Estoy tan contenta por lo que ha hecho papá...

La pobre niña hubiera deseado echarse en brazos de su padre; pero no se atrevía y sólo volvía hacia él una mirada cariñosa. *Mister Dombey* seguía pensativo, mirando de cuando en cuando á su hija; pero, sobre todo miraba á *Pablo* que se paseaba por la habitación, con dignidad, como enaltecido por haber dado aquel dinero al joven *Gay*.

¿Y el joven *Gay*, *Wálter*, que fué de él?

Gozoso estaba de haber sacado á su buen tío de manos de jueces y escribanos, y de llevarle la excelente noticia. Gozoso estuvo al día siguiente cuando arreglado todo antes de medio día, se sentó en el gabinete comedor, entre su tío y el capitán *Cuttle*. El buen *Solomón* había recuperado la salud y lleno de esperanzas para lo porvenir se complacía en pensar que el muñeco guardia marina otra vez era suyo! Pero sin menoscabo de ingratitud á *mister Dombey* preciso es reconocer que *Wálter* se encontraba apesadumbrado, entristecido. Y es que cuando una violenta tempestad marchita la flor de la esperanza, entonces es cuando nos encontramos más dispuestos á representarnos en la imaginación el cuadro de la felicidad que hemos perdido. En el momento mismo en que *Wálter* se veía rechazado, por un tormentoso vendaval, de la elevada y poderosa casa *Dombey*, en el momento de sentir cómo todos los pensamientos que su imaginación había sostenido, se venían abajo, derribados por la tormenta, entonces fué cuando comenzó á sospechar de qué manera aquellos pensamientos

podían haberle conducido hasta la aspiración á *Flo-rencia* en un tiempo remoto.

El capitán veía las cosas desde un punto de vista absolutamente distinto. Á su parecer, la entrevista á que había asistido era por demás satisfactoria y estimulante y ya no faltaban sino dos ó tres pasos para llegar á los esponsales de *Flo-rencia* y de *Wálter*; hasta le parecía que los últimos acontecimientos habían hecho adelantar inmensamente el asunto « *Whittingtoniano* ». Animado con esta convicción y con ver satisfecho á su viejo amigo, no vaciló en repetir por tercera vez aquella noche su famosa balada de la « adorable *Margarita* », sustituyendo este nombre por el de *Flo-rencia* y salvando la dificultad de la rima en *ita* con el diminutivo *Flo-ren-ci-ta*. Es verdad que no siempre encajaba la sustitución, pero era igual: cantaba á voz en cuello... y, sin embargo, se acercaba la hora de retornar á casa de la terrible *Mac-Stinger*.